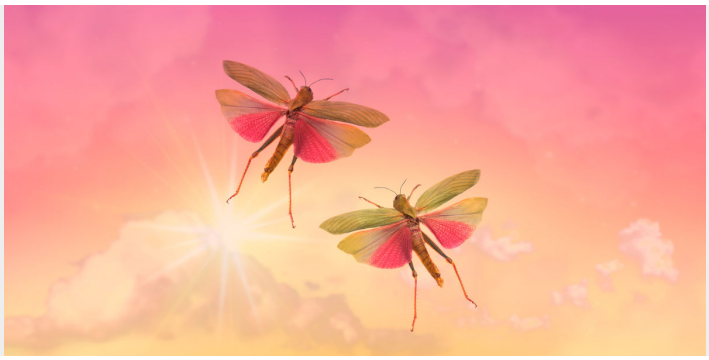
UN SANTUARIO ROSA

Posted on 4 marzo, 2020 by Eduardo Escalante Gómez



Category: Literatura
Tag: Narrativa

Nos cruzamos en la toma de muestras.
Me dijo: tengo cáncer de mamás desde hace tres años. Yo escuché.
Me dijo: tengo metástasis. Yo escuché.
Me dijo: ahora tengo un pequeño tumor en la oreja. Yo escuché.

Fue entonces cuando las criaturas comenzaron a cantar. Las mantis, cuyas piernas habían reparado nuestros médicos, levantaron sus alas y las frotaron juntas, y sus melodías se elevaron sobre el fuego con el sonido de los grillos en una tarde de primavera. Su música reverberó a través de los tejados de nuestros paisajes e hizo sonar cuencos de meditación, llenando nuestros cuerpos con una vibración suave que sabía a miel en nuestros tímpanos. Una onda de curación estremeció cada cuarzo negro y se prolongó varias horas.

Por un momento, nos sorprendió la belleza de sus canciones, que sonaron casi como una oración. Las canciones eran hermosas, y por un momento nos sentimos como niños atraídos por el resplandor de las luciérnagas. Las estridulaciones de las criaturas se hicieron eco de los sitios de nuestro santuario, una ola de música exquisita que también fue un faro de referencia a sus escondites. Intentamos silenciar a las criaturas, pero simplemente nos miraron con sus ojos compuestos y continuaron sus melodías.

> *Estas criaturas sabían cómo actuar cuando se veían amenazadas.*

Estas criaturas sabían cómo actuar cuando se veían amenazadas; no eran lo mismo que nuestros propios insectos, aunque había claros paralelos. Activaban las reacciones instintivas cuando están traumatizadas: frecuencias cardíacas, abdomen hinchado, disfunción del ovipositor. Pero aún había vacíos por llenar. No habían logrado captar todas las señales del universo ni leer las formas de cómo los átomos se curan.

Pero a veces las leyes del ser, se superponen y mezclan también para estas criaturas. Todo esto se hace en silencio, quizás con una pizca de temor ante la imprevisibilidad final de los estados que sería una tontería tomar como absolutos: ser, tiempo y lugar.

El mundo contiene muchos hechos, y uno de ellos es que algunos organismos otorgan algunas formas de inmunidad a algunos tipos de desastres. Pero hay quienes requieren, por la falta de inmunidad, una matriz de causa y efecto, parpadeante, descarrilada, lo que cura también daña; lo dañino se trenza y avanza.

La criatura más joven acompaña a la criatura dañada en su pecho, no entiende el ahora traumático. No sabe cómo ser el ángel de la epifanía. Percibe la batalla, no la apofanía. La tarea de curación recae en un extraño: la cirujana de árboles locales. Ayuda a que ella, como las mareas y las arenas, o las plantas y el moho, se siga moviendo, cambiando, asumiendo lo que se perdió y revelando lo que se puede recuperar.

¿Cómo recuperar lo que se tomó todo el cuerpo, el ser sano y sin cortes? La respuesta es que no se puede. Pero sí se puede lograr el magnífico marco de la mortalidad, el terreno común de vulnerabilidad y la esperanza. ¿Dónde trazar la línea?

Es el amor que permanece constante, una especie de cuidado, una red lo suficientemente sutil y ágil como para resistir y salvar. C^2